

## HIJOS CAUTIVOS.<sup>1</sup>

**AUTOR:** Prof. Dr. Miguel Cherro Aguerre

**PALABRAS CLAVE:** niños cautivos, discriminación, separaciones, sentimientos hostiles hacia los padres, hijo simbólico, negación del sufrimiento, horror, bondades del grupo.

**RESUMEN:** A propósito de un grupo de Niños Cautivos durante la época de la dictadura que, más de 20 años después de finalizada la misma, decidió constituirse como tal para poder hablar de su experiencia y construir una identidad con la cual mostrar a la sociedad su necesidad de ser reconocidos tanto en su peripecia como en su sufrimiento.

Se analizan puntos de contacto entre niños sobrevivientes del Holocausto gracias a haber estado escondidos y Niños Cautivos y se jerarquizan arbitrariamente algunos aspectos: la sospechosa negación durante tantos años de su sufrimiento, las separaciones sufridas, la necesidad de ser considerados normales no discriminados, la importancia de la constitución del grupo, los sentimientos hostiles hacia los padres y el hijo símbolo.

Recién el año pasado tomé contacto con la realidad de los hijos cautivos a partir de un programa radial en el cual informaron que hacía un año habían creado un grupo con los que estaban interesados en reunirse por el hecho común de haber compartido el cautiverio con sus madres en la época de la dictadura que afectó nuestro país en la década de los 70.

Tuve varias reuniones con ellos como grupo y a partir de esas reuniones se dieron dos hechos que quiero señalar: uno, es que progresivamente empecé a sentirme no extraño al grupo y muy cómodo en él, porque ellos promovieron esa sensación en mí y otro, es que independientemente de nuestras reuniones con el grupo como un todo, en las cuales sólo me preocupé de conocer sus nombres de pila sin saber acerca de sus condiciones, trabajos o profesiones, decidimos formalizar una investigación que estamos llevando a cabo con aquellos integrantes del grupo que aceptaron participar y en la cual tomamos parte representantes de la Universidad Católica de nuestro país, de la Universidad de la República y de la Universidad del Desarrollo de Chile. En dicha investigación aplicamos instrumentos como el SCL-90 (Derogatis) para evaluar psicopatología, una Autoevaluación de Prototipo de Apego y una Entrevista de Evaluación de Prototipo de Apego Adulto facilitadas y evaluadas por la Universidad del Desarrollo. Los mismos instrumentos se aplican a un grupo testigo.

Pero no quiero referirme a eso ahora sino, en primer lugar, al extraño fenómeno que me ocurrió, pues a pesar que trabajo desde hace años en vínculos tempranos, que integro sociedades internacionales dedicadas al tema y que estoy muy sensibilizado a todo lo que tiene que ver con la calidad de las relaciones que se establecen con los cuidadores significativos, recién el año pasado pude reconocer la dramática situación de quienes padecieron siendo bebés la tremenda experiencia del cautiverio junto a sus madres.

---

1.- XVII Congreso de FLAPIA, Buenos Aires, 2009.

Me sorprendió el hecho y me pregunté por las razones profundas que podrían explicarlo. Es indudable que como en tantas otras situaciones hay también en éstas un horror subyacente que nos interpela y amedrenta. El horror puede alcanzar esa terrible y perversa propiedad: acallar la palabra y silenciar el pensamiento.

Moskovitz, 1985, manifiesta que quienes han sufrido cautiverio en etapas tempranas, como en Europa durante la 2ª Guerra Mundial, demoran mucho tiempo en poder hablar de esos hechos. El mismo fenómeno se puede observar con quienes en nuestros países sufrieron cautiverio junto a sus madres durante las dictaduras. En nuestro caso concreto aquellos niños de la década del 70 tienen hoy término medio 35-36 años y es recién hace dos años que deciden formar el grupo y empiezan a hablar entre ellos de su pasado común y se plantean contar su historia para que otros conozcan las difíciles vicisitudes que soportaron. Pero al hacerlo logran también una afirmación identitaria y buscan el reconocimiento de la sociedad.

Se dijo en algún momento que los niños que habían sufrido esas condiciones nefastas no podían recordar porque eran muy pequeños como para tener memoria. Se pretendió minimizar así las consecuencias y repercusiones que sobre ellos pudo tener, tanto por ejemplo el Holocausto como el cautiverio y de alguna manera la consecuencia fue no tenerlos en cuenta. Incluso del punto de vista social.

Se llegó a señalar, por ejemplo, que lo que los niños sobrevivientes recordaban no era válido porque sólo constituían fantasías o recuerdos pantalla y que por tanto “aquellos niños” no debieran recordar sino olvidar.

Sin embargo resulta que por el contrario, aceptar sus recuerdos como válidos habilita el inicio de la reparación de aquella parcela renegada de su experiencia que como un Convidado de Piedra reaparecía una y otra vez y los condenaba a una situación de aislamiento.

Incluso se dio el caso de sobrevivientes adultos de la 2ª. Guerra Mundial que menospreciaron el sufrimiento de los niños al pensar que no soportaron tareas esclavizantes y que recogidos en orfanatos después de la guerra no debieron valerse por sí mismos para sobrevivir.

En nuestro caso hubo familiares que menospreciaron el hecho del cautiverio sufrido por alguno de los niños, casi reprochándolo, porque los hermanos, que no habían estado en prisión no habían tenido la oportunidad del contacto con su madre como si lo había tenido quien sufrió el cautiverio.

R. Krell, 1985, sostiene sin embargo que los niños sobrevivientes al contar su historia a alguien que la escucha atentamente y la valora pueden sentirse bien.

Mi experiencia con el grupo hoy adulto de Niños Cautivos y con una niña sobreviviente del Gueto de Varsovia, también hoy adulta, M. Cherro, 2009, es que mi escucha atenta, respetuosa y empática aunque les removió vivencias penosas les produjo después cierto bienestar.

El poder o no poder hablar de las vivencias y sufrimientos que uno experimenta es un elemento decisivo cuando se trata de elaborar experiencias traumáticas.

J. uno de los niños de nuestro grupo, cuenta que al poco tiempo de llegar junto a sus padres a un país latino americano como exiliados tuvo una charla con ellos en la que buscaron la forma de decirle que era mejor no comentar que habían estado presos. Y esto ocurrió luego que los padres lo escucharon hablar muy naturalmente del tema

con unos niños vecinos. Según le informó la familia nunca más lo escucharon después mencionar el asunto.

M. otra de las niñas del grupo, nos dice que al igual que a su madre y a su abuela, no le gusta hablar, principalmente porque “hay dolores que si se hacen públicos pueden causar mucho dolor a personas que querés” y agrega “yo todavía no puedo contar toda mi historia... hoy puedo contar hasta acá, que es muchísimo más de lo que podía contar hasta hace apenas un año cuando los Niños en Cautiverio Político nos reencontramos y empezamos a caminar juntos”.

Es que aparece en la mayoría de ellos un imperativo que los atraviesa coercitivamente y es **la necesidad de ser normales, de no ser discriminados**. S. Moskovitz, op. cit., nos dice que muchos no quieren revelar su condición para no ser estigmatizados como dañados o diferentes y por el contrario quieren parecer ordinarios y normales y sus esfuerzos apuntan en tal sentido y constituyen lo que Krell, op. cit., cuya mayor ansia era ser considerado normal, denomina “habilidad camaleónica”. El grupo de Niños Cautivos confirma plenamente esta afirmación.

Moskovitz, op. cit., considera que las entrevistas del seguimiento de niños sobrevivientes se pueden llevar a cabo mejor si se los considera personas normales que han atravesado tiempos difíciles.

L. Rotenberg, 1985, señala el sentirse diferente a los demás chicos en la adolescencia por no tener padres y declara la necesidad de buscar adultos subrogantes para apegarse a ellos. En el caso de la niña sobreviviente del Gueto de Varsovia esta afirmación se confirma plenamente. En el caso del Grupo de Niños Cautivos me he preguntado en qué medida (por razones de edad podría ser padre de ellos) he adquirido cierta función subrogante algo así como la de un adulto confiable con el cual se puede hablar de ciertas cosas muy íntimas sin temor la crítica o al rechazo.

J. otra integrante del grupo nos dice: “todos mis esfuerzos fueron por ser normal como los demás, siempre me gustó hacerme amigos nuevos, porque no sabían nada de mi vida. Apenas liberaron a mi madre no volví a ver a ninguno de los niños con los que me crié, hasta hace dos meses que nos reencontramos y puedo mirar hacia atrás”.

P. otra de las niñas nos dice: “muchos niños no tenían permitido jugar conmigo o me agredían por comentarios de sus padres... yo tenía noción que estar conmigo era “jugársela” y debía ser agradecida con quien me aceptara... crecí considerando que estar conmigo era un riesgo y esperaba no ser rechazada en cada lugar al que iba”.

Ocurre que la situación vivida los marca de un modo diferente. M. Ulriksen, 1994, sostiene que el horror de la violencia política de las dictaduras deja marcas en los hijos que están en relación con la agresión sufrida por el progenitor, agresión que no ha podido ser pensada, ni elaborada, ni transmitida con palabras.

Se da un fenómeno que guarda parentesco con algo señalado por Krell, op. cit., que habiendo sido sobreviviente como niño escondido e hijo a su vez de padres sobrevivientes también escondidos, demoró en reconocer que pertenecía a un grupo de hijos sobrevivientes y lo atribuye a que los niños sobrevivientes, que se salvaron por haber estado escondidos, permanecieron escondidos dentro del propio grupo de sobrevivientes. Pienso entonces que los hijos cautivos que demoraron tantos años en reconocer su condición de tales, a semejanza de lo que describe Krell, es como si

hubieran permanecido todo ese tiempo cautivos. Es una marca indeleble que los identifica y que se libera, es decir comienza a elaborarse, en el momento que se la reconoce, acepta y expresa. Sobre todo al constituir un grupo que se identifica por la condición que los caracteriza: el cautiverio.

Otro aspecto relevante no siempre tenido en cuenta con la importancia que merece es el relativo a las sucesivas **separaciones** que muchas veces han debido soportar tanto los Niños Cautivos de las dictaduras como los Niños Sobrevivientes de la 2ª Guerra Mundial.

En el caso de los Niños Cautivos separaciones de sus familias de origen para pasar a vivir con sus madres en prisión. Separaciones luego al dejar a su madre en la prisión y pasar a vivir en casa de familiares o amigos. Nuevas separaciones al salir la madre y/o los padres de prisión y enfrentar nuevas mudanzas de casa o de país.

En el caso de los Niños Sobrevivientes al ser movilizados o perseguidos por los nazis se produjo el alejamiento radical de las pautas habituales de vida anterior que incluyó la mayoría de las veces separación de por vida de su familia de origen. Nueva separación, al terminar la Guerra, de la familia y el grupo de niños con que compartieron el escondite salvador. Muchas veces otras tantas separaciones producto de situaciones o derroteros erráticos.

M. Ulriksen, op. cit., señala la dificultad que existe para lograr un verdadero encuentro entre aquellos que pasaron directamente por el horror y su familia y ubica esa dificultad del reencuentro entre padres e hijos, que a veces han estado separados durante largos períodos por la prisión y/o el exilio, en que cada uno creó un padre o un hijo ideal imaginario, a la medida de su deseo, que deberá confrontar con el real, diferente y con fallas, para superar la impresión de sentirse extraños.

A veces, según ella, los enfrentamientos que se producen son de tal violencia que recuerdan el horror sufrido.

J. otra Niña del grupo nos dice: “a los 12 años conocí a mi padre, volvió del exilio que había comenzado en 1972 antes que yo naciera. Fue un momento muy turbulento de mi vida y no pude establecer ninguna relación con él, no conozco su versión de los hechos, no tengo casi opinión sobre él y no se que piensa de mi”.

L., otra Niña, expresa al referirse al momento en que los militares deciden separar a los hijos de sus madres y que pasen a vivir ya sea con familiares o con amigos que se hagan cargo de ellos: “como yo ya entendía lo que ocurría, las madres le solicitaron a los guardias que en lo posible los más grandes nos fuéramos antes, de manera de evitarnos ver el momento de la separación de los otros niños de sus madres. No sólo no hicieron esto, sino que yo fui una de la últimas en irme con lo cual vi a todas las madres que volvían llorando. Mi madre me contó que yo escondí mis zapatos y le dije “la nena no se puede ir”, entonces mi madre le pidió a otra presa que por favor los buscase y me explicó que ella tampoco quería que yo me fuese”.

Uno sabe que cualquier abandono de los cuidadores significativos produce en el hijo una oleada diversa de sentimientos y reacciones. En esos casos asaltan la mente infantil encontradas respuestas emocionales entre las cuales cobra relieve el sentimiento de rabia y desolación por haberse ido el progenitor y sentirse abandonado.

Me costó encontrar **los sentimientos hostiles hacia los padres** que yo suponía iban a salir a luz fácilmente. Una de las Niñas lo expresó claramente en una entrevista individual: “jamás pondría en riesgo el cuidado de mis hijos por nada del mundo”. En la última reunión que mantuve con el grupo, ante una pregunta concreta en tal sentido, que me costó formular clara y explícitamente, la respuesta fue contundente en cuanto a que en efecto habían experimentado en algún momento tal tipo de sentimientos hostiles.

Aunque me costó encontrar este sentimiento expresado directamente en el grupo de Niños Cautivos reconocí si indicadores indirectos del mismo a través del relato de conductas opositoras, desafíos a la autoridad parental, enfrentamientos, etc. Uno de los Niños Cautivos reconoció tardíamente ese sentimiento que no se permitía albergar antes porque siendo niño sufrió un accidente por el cual se culpaba y que atribuía a su desobediencia cuando en realidad se debía, como comprendió ya grande, a negligencia de los padres.

En el mismo sentido L. Rotenberg, op. cit., señala un sentimiento hacia su padre que me parece importante, entendible y previsible y es que siendo como era, un padre tan protector y cálido, como el que tuvo, luego de perderlo sintió que había sido pasivo y poco previsor. Rotenberg que se sintió desamparado por la pasividad de su padre y de otros judíos ortodoxos, termina sin embargo por asimilar en términos de heroísmo la fe inquebrantable del padre con la resistencia agresiva de personas igualmente amenazadas. Postula como una condición de sobrevida la habilidad de encontrar alguien que vele por uno, que lo cuide y habla de la destreza para encontrar padres sustitutos, aunque esta habilidad no constituya algo consciente ni premeditado. El caso de la sobreviviente del gueto de Varsovia es paradigmático en tal sentido.

Otro aspecto que deseo destacar, entre los que tomé arbitrariamente para mencionar, está lo que para mi son **las bondades de constituir el grupo**. Ya dije que buscar reunirse después de transcurridos tantos años da cuenta del tremendo impacto que la experiencia traumática provocó en ellos pero da cuenta a la vez del reconocimiento de una identidad común y de la posibilidad de sacar a luz la marca que los reúne y buscar como tales el reconocimiento de la sociedad.

Moskovitz, op. cit., destaca el rasgo positivo de las entrevistas como catalizadoras que sirven para sacar a luz cosas escondidas y cita a Anna Freud quien sostuvo que para los Niños Sobrevivientes volcar la libido en el grupo fue algo que les permitió manejar muchas de sus ansiedades y adaptarse socialmente.

En el film documental argentino “Aquellos niños”, en el que se entrevista a un grupo de sobrevivientes de la 2ª Guerra Mundial, se comprueba la importancia que tiene para los integrantes del grupo el haberlo constituido, al igual que como vimos ocurre con el grupo de Niños Cautivos durante el período de la dictadura.

En relación a la salida grupal y a la inclusión del reconocimiento social como objetivo de los integrantes del grupo corresponde recoger la opinión de E. Aguiar, 1988, quien se plantea que no puede haber una elaboración individual sin una concomitante elaboración y respuesta social que tenga como eje la verdad y la justicia frente a las traumáticas experiencias extremas padecidas y afirma que la posición ético-ideológica del analista es imprescindible para el abordaje terapéutico.

Esta afirmación de Aguiar me recuerda una aseveración de H. Dasberg, 1992, con respecto a que conviene que quienes traten sobrevivientes del holocausto tengan conocimiento profundo de lo que significó y en lo posible hayan padecido algunas de las tremendas consecuencias que representó.

Cabe también hacer una referencia, con respecto al comportamiento humano que cae en la paralización o el acostumbramiento a lo siniestro con la consiguiente anestesia y embotamiento afectivos, como algo que quizás pueda explicar porqué pasé durante tantos años al lado de estos temas sin pensarlos, sin dimensionarlos, sin tenerlos en cuenta, hasta que bruscamente un hecho casi fortuito los rescata de la indiferencia y el pseudo olvido para ponerlos sobre el tapete.

Y por último, casi como una parábola que llama a la reflexión y convoca la amplitud del espíritu para tentar, si es que corresponde, una posible respuesta, concierne a una decisión que podríamos denominar la del **hijo simbólico** y que fue tomada por una mujer y un hombre que estaban presos.

Una de las Niñas Cautivas, no sólo nació en cautiverio sino que fue concebida allí. No fue producto de una violación, sino que respondió a una decisión de su madre que de común acuerdo con otro preso, que por razones circunstanciales cumplía tareas en la celda contigua, pudo consumir el encuentro gracias a la complicidad de un guardia. Para entender lo que nos cuenta P. aclaremos que su madre embarazada cayó detenida en un operativo en el cual mataron a su compañero, que era el padre del bebé que luego perdió.

Escuchemos la versión de P.: “mi madre venía de condiciones durísimas de reclusión, interrogatorios y soledad y pensaba mucho en el niño que había perdido, habiendo quedado muy dañada por la muerte de su compañero...creo que el Flaco fue el gran amor de su vida... en esas condiciones, le plantea a mi padre, también preso en ese momento, tener un hijo... o lo deciden los dos, no lo se, como un modo de escapar a tanta muerte, dando vida... y recuperar así la posibilidad de ser padres, lo cual tal vez no pudieran lograr nunca más... con la ayuda de un milico, que los deja estar a solas, logran concebirme”.

En momentos de riesgo, terror e incertidumbre se enciende la llamita de la vida, esa que procura continuidad y se aferra desesperadamente a la existencia para que no se extinga, para que se perpetúe. E.T. Shapiro, 1985, en referencia a los sobrevivientes del holocausto, considera que quienes pudieron llevar una vida eventualmente normal fueron los que creyeron que su sobrevivida se debió a una cuestión absolutamente arbitraria.

¿Cuánto de incertidumbre opera en esos terribles momentos en la mente de quienes están sometidos a decisiones duramente arbitrarias e irracionales?

Sólo cabe apelar en esos desgarrantes momentos de desesperación a lo que consigna en un fragmento de su diario H. A. Kaplan en Yad Vashem, 1996, cuando nos trasmite con rebeldía y esperanza que en su interior existe una cierta fuerza escondida, misteriosa y secreta, que lo hace proseguir y que le conserva la vida.

Sobrevivir, conservar la vida, salir a flote, de eso se trata, conservar la llamita y pasarla como bien supremo a otros que deberán conservarla y a su vez pasarla. Pero en el caso de niños y sobre todo niños pequeños el sentimiento de desamparo y el

desconcierto que provoca la incertidumbre deben haber sido tremendos, difícilmente imaginables para nuestras mentes adultas dispuestas, como vimos por naturaleza, a negar y desconocer el sufrimiento de esos niños.

Para terminar quiero traer la reflexión de P., otra de las Niñas del Grupo de Niños Cautivos: “Nosotros, los niños nacidos o criados en cautiverio, no tuvimos opción, otros eligieron por nosotros... y si bien creo que cada una de nuestras madres luchó como leona para protegernos, no fuimos lo suficientemente protegidos ni a tiempo. Sigo soñando con persecuciones, con milicos. De chica soñaba con que se llevaban a mi abuela y la lastimaban. Tenía miedo de ir a ver a mi madre al Penal y que me dijeran que estaba muerta. No entendía mucho el alcance real de nuestra situación, pero metaboliqué el peligro y el miedo desde chica”.

¿Se pueden negar estos hechos, estas situaciones, estas repercusiones? Espero que mi modesto y tardío reconocimiento de toda la penuria que les tocó vivir se acompañe en otros de gestos similares que le otorguen al Grupo de Niños Cautivos la dimensión social y el reconocimiento colectivo que de sobra merece.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- AGUIAR, E.; *Efectos psicológicos del terrorismo de Estado en parejas afectadas directas por la represión política*; Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires, 1988, 11/1 (145-166)
- CHERRO AGUERRE, M.; *Giza: la niña de la maleta. Historia probable de una sobreviviente y su epílogo*. En prensa, 2009.
- DASBERG, H.; *Child Survivors of the Holocaust Reach Middle Age: Psychotherapy of Late Grief Reactions*; Journal of Social Work and Policy in Israel; 1992, 5/6 (71-83)
- KRELL, R.; *Therapeutic Value of Documenting Child Survivors*; J Am Acad Child Psych, 1985, 24/4 (397-400)
- MOSKOVITZ, S.; *Longitudinal follow-up of Child Survivors of Holocaust*; J. Amer. Acad. Child Psychiatry; 1985, 24/4 (401-407)
- ROTENBERG, L.; *A Child Survivor/ Psychiatrist's Personal Adaptation*; J Am Acad Child Psych, 1985, 24/4 (385-389)
- SHAPIRO, E. T. ; Cartas al editor del J. Am. Acad. Child Psych, 1985, 24/4
- ULRIKSEN, M.; *Inscripción transgeneracional y traumatismo de la violencia política*; 1994, Revista n/A, Psicoanálisis con Niños y Adolescentes, 6 (96-109)
- YAD VASHEM; *El Holocausto en documentos*; Jerusalén 1996, 553pp.